

tó una dificultad, diciendo que como quiera que la dote de Renata no se componía sino de bienes raíces, temía para ellos muchos quebraderos de cabeza, y que por lo tanto consideraba de prudencia suma el que se vendiese cuando menos el inmueble de la calle de la Pépinière para constituirla una renta en el Gran Libro. La señora de Aubertot quiso consultar al señor Béraud Du Chatel, quien permanecía recluso siempre en su habitación. Saccard estuvo el día entero en movimiento constante. Fué a la calle de la Pépinière y correteó por todo París con el ademán pensativo del general en la víspera de una batalla decisiva. Al siguiente día la señora de Aubertot dijo que el señor Béraud Du Chatel le dejaba todo en sus manos. El contrato fué redactado bajo las bases ya discutidas. Saccard aportaba al matrimonio doscientos mil francos, y Renata llevaba en dote la hacienda del Sologne y el inmueble de la calle de la Pépinière, que se comprometía a vender; a más de esto, en caso de muerte de su primer hijo, ella quedaba única propietaria de los terrenos de Charonne, que le daba su tía. El contrato fué asentado bajo la base de la separación de bienes, que transmite a los esposos la completa administración de sus respectivas fortunas. La tía Isabel, que escuchaba con toda atención al notario, parecía satisfecha de aquella base, cuyas disposiciones parecían asegurar la independencia de su sobrina, poniendo su fortuna al abrigo de toda tentativa. Saccard sonreía por modo vago al ver a la pobre señorita Renata Béraud Du Chatel. Aquel golpe maestro dejó estupefacto al diputado; y como manifestase su sorpresa:

—Me dijiste que buscara—dijo el empleado,—he buscado y he encontrado.

Eugenio, desconcertado al principio, entrevió al fin la verdad; y con embelesado acento, exclamó:

—Vamos, eres un hombre hábil... Vienes a proponerme que sea testigo tuyo, ¿verdad? Cuenta conmigo. Si es preciso, te llevaré a tu boda toda la derecha del cuerpo legislativo; esto te elevará en consideración.

Y luego, le dijo en voz más queda.

—Dime... No querría comprometerme más de la cuenta en este instante; tenemos una ley sumamente dura que hacer abortar... ¿El embarazo, cuando menos, no estará muy adelantado?

Saccard le lanzó una mirada tan terrible, que Eugenio dijo para sí al cerrar la puerta:

—Cara me costaría esta broma, si yo no fuese un Rougon.

El casamiento se efectuó en la iglesia de Saint-Louis-en-l'Île. Saccard y Renata no se vieron hasta la víspera de aquel gran día. Esa entrevista tuvo lugar por la tarde, a la entrada de la noche, en una sala baja del hotel Béraud. Ambos se examinaron curiosamente. Renata, desde que se estaba negociando su casamiento, había vuelto a sus ademanes descompuestos, a su cabeza de chorlito. Era una muchacha alta, de belleza exquisita y turbulenta, que había crecido en libertad en medio de sus caprichos de colegiala. Encontró a Saccard pequeño, feo, pero de fealdad inquieta e inteligente que no la desagradó; por lo demás se presentó correcto en su tino y en sus modales. Al divisarla, hizo un ligero mohín, pareciéndole sin duda sobrado alta, más alta que él. Cruzaron algunas palabras sin el menor encogimiento. Si el padre se hubiese encontrado allí, habría podido creer que se conocían hacía ya tiempo y que existía entre ellos alguna

falta común. La tía Isabel, presente a la entrevista, se ruborizaba por ellos.

Al día siguiente del casamiento, en el cual la presencia de Eugenio Rougon, que se había puesto en evidencia por un reciente discurso, fué un acontecimiento en la isla de San Luis, los recién casados fueron admitidos por último a la presencia del señor Béraud Du Chatel. Renata derramó lágrimas al encontrar a su padre envejecido, más grave y más taciturno. Saccard, a quien nada hasta entonces había hecho perder la serenidad, sintióse helado por la frialdad y la media luz de la habitación, por la triste severidad de aquel anciano, cuya vista perspicaz pareciale que registraba hasta el fondo de su conciencia. El anciano magistrado besó con serenidad a su hija en la frente, como para decirle que la perdonaba; y volviéndose a su hijo político:

—Caballero—le dijo simplemente,—mucho es lo que hemos sufrido. Cuento con que usted nos hará olvidar sus errores.

Y le tendió la mano; pero Saccard se quedó tembloroso. Pensaba que si el señor Béraud Du Chatel no se hubiese doblegado por tal modo ante el trágico dolor por la afrenta de Renata, habría con una mirada, con un solo esfuerzo, reducido a la nada los manejos de la señora Sidonia. Esta, después de haber puesto en contacto a su hermano con la tía Isabel, se había eclipsado con toda prudencia. Ni siquiera había asistido al casamiento. Saccard se mostró ingenuo y sonriente con el anciano, habiendo leído en sus miradas una sorpresa, al ver al seductor de su hija, pequeño, feo y de la ya madura edad de cuarenta años. Las primeras noches se vieron precisados los esposos a pasarlas en el hotel Béraud. Hacía un mes que se

había alejado de allí a Cristina, a fin de que aquella niña de catorce años nada sospechase del drama que se desarrollaba en aquella morada tranquila y apacible como un claustro. Cuando regresó quedóse estupefacta ante el marido de su hermana, a quien también encontró viejo y feo. Tan sólo Renata no parecía percatarse demasiado de la edad ni del rostro canijo de su esposo; tratábale sin desprecio, pero sin ternura, con absoluta tranquilidad, en la que sólo se traslucía un punto de irónico desdén. Saccard se contoneaba, se ponía sobre sí mismo, y, a decir verdad, tanto por su locuacidad, como por su franqueza, se atraía pasito a paso la amistad de todo el mundo. Cuando se fueron de allí para ocupar una soberbia habitación, en una casa nueva de la calle de Rivoli, la mirada del señor Béraud Du Chatel no mostraba ya extrañeza alguna, y Cristina jugaba con su cuñado como con un amigo de toda la vida. Renata se encontraba a la sazón encinta de cuatro meses; su marido iba a enviarla al campo, contando con no decir la verdad después sobre la edad de lo que naciera, cuando, según las previsiones de la señora Sidonia, tuvo un aborto. De tal manera se había apretado para disimular el embarazo, el cual, por lo demás, desaparecía bajo la amplitud de sus faldas, que se vió obligada a guardar cama por espacio de algunas semanas. Llenó a Saccard de gozo la aventura; la fortuna por fin érale fiel; había hecho un negocio de perlas, una dote soberbia, una mujer hermosa, capaz de hacerle condecorar dentro de seis meses, y ni siquiera la menor carga. Habíansele empleado doscientos mil francos a su nombre para un feto que ni su misma madre quiso ver. Desde entonces se puso a soñar con cariño en los terrenos de Charonne. Mas,

por el pronto, concedía todos sus cuidados a una especulación que debía de ser la base de su fortuna.

Con ser tan desahogada la posición de la familia de su esposa, todavía no dió inmediatamente su dimisión de agente inspector de vías públicas. Habló de trabajos por concluir, de ocupaciones que buscar. En realidad de verdad, lo que él quería era permanecer hasta el fin en el campo de batalla, en el que jugaba su primera partida de naipes. Allí estaba en su casa y podía hacer a su sabor cuantas trampas se le antojasen.

El plan de fortuna del agente inspector era tan sencillo como práctico. Ahora que tenía a mano más barro del que había soñado en su vida para empezar sus operaciones, se proponía aplicar en grande escala sus proyectos. Tenía a París como en la punta de los dedos; sabía que la lluvia de oro que azotaba sus paredes caería más espesa de día en día. La gente lista no tenía que hacer sino abrir los bolsillos. El se había colocado entre los listos, leyendo el porvenir en las oficinas del Ayuntamiento. Sus funciones le habían enseñado lo que se puede robar en la compra y venta de los inmuebles y de los terrenos. Estaba enterado al dedillo de todas las estafas clásicas; sabía cómo se revende por un millón lo que ha costado quinientos mil francos; cómo se paga el derecho de forzar las cajas del Estado, quien se sonríe y cierra los ojos; cómo, al hacer pasar un bulevar por encima de un antiguo barrio, se ejerce de jugador de manos, con aplauso de todos los engañados, con las casas de seis pisos. Y lo que en aquella ocasión de río revuelto, cuando el cáncer de la especulación no se hallaba todavía sino en el período de especulación, hacía de él un jugador

terrible, era que adivinaba aún en mayor medida que sus mismos jefes el porvenir de sillares y de yeso que estaba reservado a París. Tanto había huroneado, tanto eran los indicios que había reunido, que habría podido profetizar el espectáculo que ofrecerían los nuevos barrios en 1870. A veces, en las calles, miraba ciertas casas por modo especial, cual si se tratase de amigos, cuya suerte—tan sólo por él conocida—le tocaba en lo más vivo.

Dos meses antes de la muerte de Angela, había llevado un domingo a los cerrillos de Montmartre. La pobre mujer se parecía por comer en restaurant; sentíase feliz cuando, tras de un largo paseo, la hacía sentar a la mesa de cualquier figón en los alrededores. Aquel día comieron en la cima de los cerros, en un restaurant, cuyas ventanas miraban a París, a aquel océano de casas de azulados techos, semejantes a apretadas olas que llenaban el horizonte sin límites. Su mesa estaba colocada delante de una de aquellas ventanas. El espectáculo de las techumbres de París alegró a Saccard. A los postres mandó que les llevaran una botella de Borgoña. Sonreía al espacio y mostraba inusitada galantería. Y sus miradas, rebosando amor, se cernían siempre sobre aquella mar viviente y populosa, de donde se alzaba la potente voz de las muchedumbres. Hallábanse en el otoño; la ciudad, bajo el inmenso y pálido cielo, languidecía en medio de un tono gris dulce y suave, salpicada aquí y allá de verduras sombrías, que se asemejaban a anchas hojas de nenúfares nadando en un lago; el sol trasponía una nube roja, y mientras los fondos se llenaban de ligera bruma, un polvo dorado, un rocío de oro caía sobre la orilla derecha de la ciudad, del lado de la Magdalena y de las Tullerías. Era como el en-

cantado rincón de una ciudad de las *Mil y una Noches*, con árboles de esmeralda, con techos de zafir y con ventanas de rubíes. Hubo un instante en que el rayo de luz que se deslizaba entre dos nubes se ofreció tan resplandeciente, que las casas parecían arder y fundirse como un lingote de oro en un crisol.

—¡Ah! mira — dijo Saccard con risa de niño, — ¡llueven monedas de veinte francos sobre París!

Angela se echó a reír a su vez, acusando a aquellas piezas de no dejarse coger fácilmente. Pero su marido se había levantado y se acodaba en el alféizar de la ventana.

—¿No es la columna de Vendome lo que reluce allá abajo?... Aquí, a la derecha, está la Magdalena... Hermoso barrio, en donde hay mucho que hacer... ¡Ah! ¡de esta hecha, todo va a arder! ¿No ves? Cualquiera diría que el barrio hierve en el alambique de algún químico.

Su voz se volvía grave y conmovida. La comparación que se le había ocurrido pareció impresionarle en gran manera. Había bebido Borgoña; quedóse abstraído, y luego continuó extendiendo su brazo para mostrar a París a Angela, que, a su lado, habíase acodado también.

—Sí, sí, bien dicho lo tengo, más de un barrio va a fundirse, y el oro se quedará entre los dedos de los que calientan y remuevan la vasija. ¡Qué inocente es este gran París! mira cuán inmenso es y con qué tranquilidad se echa a dormir! Ni siquiera sospecha el ejército de piquetas que la atacará un día de estos, y ciertos hoteles de la calle de Anjou no resplandecerían por tal modo al sol poniente, ni supiesen que ya no les quedan más que tres o cuatro años que vivir.

Angela creía que su marido bromeaba. Pe-

reciase a veces por la chanza colosal e inquietante. Ella se reía, mas con vago temor, al ver a aquel hombre de mezquina esfatura, erguirse sobre el gigante echado a sus pies y enseñarle los puños, mordiéndose irónicamente los labios.

—Ya se ha dado comienzo—prosiguió;—pero todavía no es más que una miseria. Mira allá abajo, por el lado de los Mercados; han cortado a París en cuatro partes...

Y con la mano extendida, abierta y afilada como un machete, hizo ademán de separar la ciudad en cuatro partes.

—¿Quieres hablar de la calle de Rívoli y del nuevo bulevar que se está abriendo?—preguntó su mujer.

—Sí, la gran encrucijada de París, como la llaman. Separan el Louvre y el Ayuntamiento. Juego de niños y nada más. Bueno para despertar el apetito del público... Cuando la primera red quede terminada, entonces dará principio la gran danza. La segunda red horadará la ciudad por todas partes, para enlazar los barrios con la primera. La mampostería desaparecerá bajo el yeso... Mira, sigue la dirección de mi mano. Desde el bulevar del Temple a la barrera del Trono, un corte; luego, por este otro lado, otro corte desde la Magdalena a la llanura de Monceaux; un tercer corte en esta dirección, otro en aquella, allá otro más lejos, y cortes y cortes en todas direcciones; París descuartizado a sablazos, con las venas abiertas, alimentando a cien mil peones y albañiles, atravesado por admirables vías estratégicas, que pondrán los fuertes en el corazón de los antiguos barrios.

La noche se echaba encima. La mano flaca y nerviosa de Saccard continuaba cortando en

el vacío. Angela, con un ligero temblor ante aquel cuchillo viviente, de aquellos dedos de hierro que descuartizaban sin compasión la aglomeración sin límites de los oscuros techos. Un instante hacía que las brumas del horizonte descendían poco a poco de las alturas, y a Angela figurábasele oír, bajo las tinieblas que se amontonaban en las cavidades, lejanos crujidos, como si en realidad la mano de su marido hiciese los cortes de que hablaba, destruyendo a París de un extremo a otro destrozando las vigas, aplastando los sillares y dejando en pos de sí largas y espantosas heridas de muros desplomados. La pequeñez de aquella mano cebándose sobre gigantesca presa, acababa por sobresaltarla; y, en tanto que desgarraba sin esfuerzo las entrañas de la enorme ciudad, habríase dicho que adquiriría un extraño reflejo de acero en el azulado crepúsculo.

—Todavía habrá una tercera red—continuó Saccard al cabo de un corto silencio, y como hablando consigo mismo; se halla aún demasiado lejana, por lo que la veo menos. Son pocos los indicios que he encontrado... Pero sería la desatada locura, el galop infernal de los millones. ¡París embriagado y hundido!

Callóse de nuevo, con los ojos ávidamente fijos sobre la ciudad, en donde las sombras se agolpaban cada vez más espesas. Parecía como que interrogaba a aquel porvenir, demasiado lejano para que se hallara a sus alcances. Vino después la noche, quedóse borrosa la ciudad, y oíase tan sólo su respiración de gigante, comparable a la del mar, del cual tan sólo ya se distinguen las blancas crestas de las olas. Acá y acullá blanqueaban aún algunas paredes; y, una a una, las amarillentas luces de los mecheros de gas salpicaban las tinieblas, semejantes a estre-

llas que aparecían en la lóbreguez de un cielo tempestuoso.

Angela desechó su malestar y reanudó la broma que su marido había iniciado a los postres.

—Pues bien—dijo Aristides sonriendo,—ya han caído de esas monedas de veinte francos, mira cómo las cuentan los parisienses. ¡Mira qué seductoras pilas se alinean a nuestros pies!

Y señalaba las calles que descendían enfrente de los cerros de Montmartre, y cuyas luces de gas parecían amontonar, en doble hilera, sus reflejos de oro.

—Y allá abajo—prosiguió señalando con el dedo un hormiguero de astros,—aquello es seguramente la Caja general.

Aquello hizo reír a Saccard. Permanecieron todavía unos instantes a la ventana, entusiasmados por aquella cascada de “monedas de veinte francos” que acabó por anegar a París por completo. El agente inspector, al bajar de Montmartre, se arrepintió sin duda de haber hablado tanto. Echó la culpa al borgoña, y rogó a su mujer que no repitiese las “necesidades” que había dicho; quería ser—según decía—un hombre serio.

Hacía mucho tiempo que Saccard había estudiado aquellas tres redes de cables y de bulevares, cuyo plan se había olvidado de exponer a Angela con bastante exactitud. Cuando ésta murió, no le disgustó que se llevase a la tierra sus charlatanerías de los cerros de Montmartre. Allí estaba su fortuna, en aquellos famosos cortes que su mano había trazado en el corazón de París, y se propuso no hacer partícipe a nadie de su idea, no ignorando que en el día del botín no serían pocos los cuervos que se cernerían sobre la ciudad destrozada. Su primer plan era el de adquirir muy barato cualquier inmueble

que de antemano supiese estar condenado a una próxima expropiación, y realizar un importante beneficio, obteniendo una crecida indemnización. Tal vez se habría decidido a intentar la aventura sin un céntimo, a comprar a fiado el inmueble para cobrar tan sólo en seguida una diferencia como en la Bolsa, cuando volvió a casarse, mediante aquella prima de doscientos mil francos que fijó y engrandeció su plan. Ahora sus cálculos quedaban realizados: compraba a su mujer, a nombre de un intermediario, sin que diera él la cara en modo alguno, la casa de la calle de la Pépinière, y triplicaba el capital empleado, merced a su ciencia adquirida en los corredores del Ayuntamiento y a sus buenas relaciones con ciertos personajes influyentes. Si se había estremecido cuando la tía Isabel le hubo indicado el lugar en que la casa se encontraba, era porque estaba situada en mitad del trazado de una vía, de que no se hablaba aún sino en el gabinete del prefecto del Sena. Aquella vía la ocupaba por completo el bulevar de Malesherbes. Era un antiguo proyecto de Napoleón I, que se pensaba llevar a ejecución "para dar—decía la gente grave—una salida normal a los barrios perdidos tras un dédalo de estrechas calles, en las escarpaduras de las laderas que limitaban a París". Aquella frase oficial no venía naturalmente a confesar el interés que el imperio tenía en la danza de los escudos, en aquellos formidables desmontes y terraplenes, que tenían a los obreros en expectativa. En una ocasión se permitió Saccard consultar en casa del prefecto aquel famoso plano de París, en el cual "una mano augusta" había trazado con tinta colorada las principales vías de la segunda red. Aquellos sangrientos trazos de pluma cortaban a París en mayor escala aún que la mano

del agente inspector. El bulevar Malesherbes, que echaba a tierra soberbios hoteles en las calles de Anjou y de la Ville-l'Eveque, y que necesitaban trabajos de explanación considerables, había de ser abierto una de los primeros. Cuando Saccard fué a visitar el inmueble de la calle de la Pépinière, hizo memoria de aquella tarde de otoño, en aquella comida que había tenido con Angela en los cerros de Montmartre, durante la cual había caído al ponerse el sol aquella tan recia lluvia de luises de oro en el barrio de la Magdalena. Sonrióse y pensó en que la radiante nube había descargado en su casa, en su patio, y que iba a recoger las monedas de veinte francos.

Mientras Renata, instalada con todo lujo en la habitación de la calle de Rivoli, en mitad de aquel París nuevo, una de cuyas reinas iba a ser, meditaba sus futuros tocados y ensayaba su vida de mujer del gran mundo, su marido se ocupaba con el mayor cariño de su primer gran negocio. Empezaba por comprarle la casa de la calle de la Pépinière, merced a la mediación de un tal Lasorneau, a quien había sorprendido huroneando en las oficinas del Ayuntamiento, pero que había cometido la tontería de dejarse sorprender en una ocasión en que registraba los cajones del prefecto. Larsonneau se había establecido como agente de negocios en el fondo de un patio lóbrego y húmedo de la parte baja de la calle de Saint-Jacques. Su orgullo y sus aspiraciones sufrían por modo cruel. Hallábase en la misma situación que Saccard antes de su casamiento; según él, también había inventado "una máquina de monedas de a cien sueldos"; sólo que los primeros fondos le faltaban para sacar partido de su invento. Entendióse con medias palabras con su antiguo colega, y tan

bien trabajó, que obtuvo la casa por ciento cincuenta mil francos. Renata, al cabo de algunos meses, tenía ya grandes necesidades de dinero. El marido intervino solamente para autorizar a su mujer para que vendiera. Cuando la venta quedó realizada, Renata le suplicó que colocase a nombre suyo cien mil francos, que le entregó en la mayor confianza, para conmovérle sin duda y hacerle cerrar los ojos sobre los cincuenta mil francos que ella se metía en el bolsillo. Saccard se sonrió astutamente; como que entraba en sus cálculos el que tirase el dinero por la ventana; aquellos cincuenta mil francos, que iban a desaparecer en blondas y en alhajas, debían de producirle a él el ciento por ciento. Llevó su honradez—tan satisfecho quedaba de su primer negocio—hasta colocar en realidad los cien mil francos de Renata y entregarle los títulos de renta. Su mujer no podía desprenderse de ellos, y estaba seguro de volverlos a encontrar en el nido, si alguna vez los necesitaba.

—Querida amiga, esto servirá para tus trapos—le dijo con galantería.

Cuando se vió dueño de la casa, tuvo la habilidad, en un solo mes, de hacerla revender dos veces a hombres de paja, aumentando una vez y otra el precio de la compra. El último comprador no le pagó menos de trescientos mil francos. Durante este tiempo, Larssonneau era el único que aparecía como representante de los propietarios sucesivos, para entenderse con los inquilinos. Negábase sin piedad a renovar los contratos de alquiler, a menos que consintiesen en pagar crecidos aumentos. Los inquilinos, que habían olfateado la próxima expropiación, tocaban el cielo con las manos; acababan por aceptar el aumento, sobre todo cuando Larssonneau agregaba, en actitud conciliadora, que tal

aumento sería ficticio durante los cinco primeros años. En cuanto a los inquilinos que se resistieron, fueron reemplazados por infelices, a quienes se cedió el alquiler casi de balde, y firmaron cuanto se quiso; de este modo el beneficio fué doble: el alquiler fué aumentando y la indemnización al inquilino por su arriendo, debió pasar a Saccard. La señora Sidonia quiso ayudar a su hermano, estableciendo en una de las tiendas de los bajos un depósito de pianos. En esta ocasión fué cuando Saccard y Larssonneau fueron más lejos de la cuenta: inventaron libros de comercio, falsificaron escrituras para demostrar que la venta de pianos ascendía a una cantidad enorme. Eran muchas las noches en que garrapateaban juntos. Trabajada de tal modo, la casa triplicó su valor. Merced a la última escritura de venta, merced a las subidas de alquiler, a los supuestos inquilinos y al comercio de la señora Sidonia, la casa podía ser justipreciada en quinientos mil francos ante la comisión de indemnizaciones.

Los engranajes de la expropiación de aquella poderosa máquina que durante quince años ha trastornado a París, produciendo la fortuna y la ruina, eran de lo más sencillo. En cuanto queda decretada una nueva vía, los agentes inspectores levantan el plano parcelario y valoran las propiedades. Generalmente, por lo que toca a los inmuebles, capitalizan, previa información, el alquiler total y de este modo pueden presentar una cifra aproximada. La comisión de las indemnizaciones, compuesta de miembros del consejo municipal, hace siempre una oferta inferior a la citada cifra, sabiendo que los interesados reclamarán más y que habrá concesiones mutuas. Cuando no llegan a entenderse, el asunto es llevado ante un jurado, que se pronuncia sin ape-

lación entre la oferta del Ayuntamiento y la demanda del propietario o del inquilino expropiado.

Saccard, que se había quedado en el Ayuntamiento para el momento decisivo, tuvo por un instante la imprudencia de pretender que se le designara, cuando los trabajos del bulevar Malesherbes dieron principio, y que él mismo tasara su finca; pero temió, por tal modo, paralizar su influencia ante los miembros de la comisión de indemnizaciones. Hizo elegir uno de sus colegas, un joven amable y risueño, llamado Michelin, y cuya esposa, de soberana belleza, iba una vez que otra a excusar a su marido ante sus jefes, cuando no podía asistir a la oficina por alguna indisposición. Sentíase indispuerto a cada dos por tres. Saccard se había percatado de que la linda señora de Michelin, que se deslizaba tan humildemente por las puertas entreabiertas, era una verdadera potencia; Michelin resultaba con un ascenso tras de cada una de sus enfermedades, de modo que hacía su carrera metiéndose en la cama. Durante una de sus ausencias, como enviase casi todas las mañanas a su consorte a la oficina, para dar noticias de su indisposición. Saccard se tropezó con él dos veces en los bulevares exteriores, fumándose un cigarro, con el semblante satisfecho y embelesado que no le dejaba nunca. Aquello le inspiró simpatías por aquel apreciable joven, por aquella pareja feliz, tan ingeniosa y tan práctica. Sentía verdadera admiración por todas las "máquinas para hacer monedas de cien sueldos", explotadas con habilidad. Así que hubo hecho designar a Michelin, fué a visitar a su encantadora esposa, quiso presentarla a Renata y le habló de su hermano el diputado, el ilustre orador. La señora de Michelin comprendió fácilmente.

Desde aquel día su marido guardó para su colega las sonrisas más insinuantes. Este, que no se proponía que el digno muchacho entrase en sus confidencias, se contentó con encontrarse presente, como por pura casualidad, y el día en que se procedió a la valoración de la finca de la calle de la Pépinière, y le ayudó. Michelin, que era la cabeza más nula y más vacía que imaginarse puede, conformóse con las instrucciones de su mujer, quien le había recomendado que dejase contento al señor Saccard en todo lo que a él se refiriera. Por lo demás, no concibió la menor sospecha; creyó que el agente inspector tenía prisa de que terminase su tarea para llevárselo al café. Los arriendos, los recibos de inquilinato, los famosos libros de madama Sidonia pasaron a su vista, de las manos de su colega, sin contar siquiera con tiempo para comprobar las cifras que éste le comunicaba en alta voz. Larsonneau se encontraba allí y trataba a su cómplice como a persona extraña.

—Vamos, ponga usted quinientos mil francos —concluyó por decirle Saccard.— Esa casa vale más... Démonos prisa, creo que va a realizarse un movimiento en el personal del Ayuntamiento, y quiero hablarle a usted de ello para que prevenga usted a su señora.

Y así quedó planteado el negocio. Mas quedaban aún en pie ciertos temores. Temía que aquella cantidad de quinientos mil francos no pareciese un tanto exagerada a la comisión de indemnizaciones, por una casa que en rigor no valía más que doscientos mil. La formidable alza sobre los inmuebles no se había efectuado aún, y una información habríale hecho correr el albur de serias desazones. Hacía memoria de aquella frase de su hermano: "Nada de escán-



dalo demasiado ruidoso, o te suprimo"; y bien sabía que Eugenio era hombre capaz de ejecutar su amenaza. Tratábase de hacer cerrar los ojos y despertar la benevolencia de aquellos señores de la comisión. Puso los ojos en dos hombres influyentes que había hecho amigos suyos por la manera como les saludaba en los corredores, cuando se tropezaba con ellos. Los treinta y seis miembros del consejo municipal eran cuidadosamente escogidos por mano misma del emperador, a propuesta del prefecto, entre los senadores, los diputados, los médicos' los grandes industriales que con más devoción se postraban ante el poder; pero entre todos, el barón Gouraud y el señor Toutin-Laroche merecían la benevolencia de las Tullerías por su fervor.

Todo el barón Gouraud quedaba trazado en esta corta biografía: nombrado barón por Napoleón I, en recompensa de galletas averiadas suministradas al grande ejército; fué sucesivamente par en tiempo de Luis XVIII, de Carlos X, de Luis Felipe y nombrado senador por Napoleón III. Era adorador del trono, de las cuatro tablas doradas cubiertas de terciopelo: dábale un ardite por el hombre que en ellas se encontraba sentado. Con su enorme panza, su rostro de buey y sus andares de elefante, hallábase dotado de una bellaquería encantadora; vendíase con majestad y cometía las más atroces infamias en nombre del deber y de la conciencia. Pero aquel hombre admiraba todavía más por sus vicios. Acerca de él corrían historias que no se podían contar sino al oído. Sus setenta años florecían en plena orgía monstruosa. En dos ocasiones habíanse tenido que ahogar inmundas aventuras, para que no fuese a arrastrar su bordado uniforme de senador en los banquillos de los tribunales.

El señor Toutin-Larocne, alto y delgado, antiguo inventor de una mezcla de sebo y de estearina para la fabricación de las bujías, sonaba con la senaduría. Habíase constituido en inseparable del barón Gouraud; rozábase con él, con la vaga idea de que esto le traería la felicidad. En el fondo era hombre muy práctico, y a haber encontrado a la venta una poltrona senatorial, habría con todo ahinco regateado el precio. El imperio iba a poner en evidencia a aquella codiciosa nulidad, a aquel cerebro mezquino, dotado con el genio de los chanchullos industriales. Fué el primero en vender su nombre a una compañía en que había gato encerrado, a una de esas sociedades que hasta hicieron, como quien dice, brotar hongos venenosos en el estercolero de las especulaciones imperiales. En aquella época pudo verse un anuncio, pegado en las paredes, conteniendo en negros y gruesos caracteres estas palabras: *Sociedad general de los puertos de Marruecos*, con su título de consejero municipal, se ostentaba a la cabeza de la lista de los miembros del consejo de vigilancia, todos a cual más desconocido uno que otro. Este procedimiento, de que tanto se ha abusado después, hizo verdaderos prodigios; acudieron los accionistas, aunque el asunto de los puertos de Marruecos fuese poco claro y aunque las buenas gentes que aportaban sus capitales no pudiesen explicarse a sí mismas en qué obra los iban a emplear. El anuncio rezaba en campanudo tono el establecimiento de agencias comerciales a lo largo de la costa del Mediterráneo. Dos años hacía que ciertos periódicos celebraban tan grandiosa operación, cuya creciente prosperidad anunciaba cada tres meses. En el consejo municipal, el señor Toutin-Laroche pasaba por administrador de relevante